

condido en la virtud de la *recta ratio factibilium*. La técnica no puede ser asimilada unívocamente a la capacidad de dirigir las operaciones fabriles del hombre que brega en pos de la adquisición de bienes materiales signados por la utilidad, pues con no menos derecho su noción también se predica, si bien no primariamente, de las artes liberales y de las denominadas *artes de lo bello*, a las que en absoluto se puede endilgar la tenebrosidad del uso desordenado de otras clases de técnicas. El empobrecimiento del concepto de técnica a manos de estos pensadores de nuestros días y su sujeción a la consideración de la problemática de la maquinización del obrar y de la vida humana, derivada del empleo irreverente de determinados artificios tecnológicos, ha fecundado en una visión unilateral y bastante restringida de este fenómeno que no permite captarlo más allá de su condición de mero acontecimiento histórico, lo que parece obstaculizar seriamente las posibilidades de que por este camino se pueda arribar con felicidad a una aprehensión del «ser» o de la «esencia» de la técnica. En tal sentido, es notorio que una comprensión adecuada de este punto exige de antemano el remontar las estrecheces de los enfoques de Heidegger y Ladrière, los cuales, en nuestra opinión, han hablado de la técnica en términos que virtualmente la han disminuido al campo de la ingeniería.

El libro de Mandrioni encierra reflexiones importantes sobre cuestiones promovidas por el despliegue actual de la tecnología, que con razón preocupan a los espíritus embarcados en un rechazo franco de las inclinaciones a instrumentarla con procedimientos y fines que no excluyen una dosis alarmante de perversión, según lo palpamos a través de nuestra experiencia cotidiana. Por este lado, es indispensable que esa preocupación consiga despejarse de su reclusión a una mirada en derredor de la técnica humana limitada a la fenomenalidad fragmentaria y contingente con que hoy se yergue ante nuestros ojos la imponente acumulación de artefactos ideados y contruidos por el hombre. El texto de la obra reseñada señala con justicia que el principio de una visión acertada de la significación de la técnica implica que nos cercioremos de que la creatura racional no es ni primordial ni substancialmente el *homo faber*.

Mario Enrique Sacchi

CARLOS IGNACIO MASSINI CORREAS (compilador), *Ecología y filosofía*. Edium. Mendoza 1993. 190 páginas.

Se trata de un volumen colectivo en el que Carlos I. Massini ha compilado las actas del Primer Simposio Internacional sobre Ecología y Filosofía, organizado por la Universidad de Mendoza, en la ciudad homónima, entre el 24 y el 26 de septiembre de 1992. El prólogo, a cargo del compilador, hace el recuento de los hechos de esos días. A continuación, se recoge el discurso que, con motivo de la iniciación del Simposio, pronunció el rector de la Universidad de Mendoza, Ing. Salvador M. Puliafito. En el mismo destaca la importancia de realizar un enfoque filosófico de la cuestión ecológica y pone de relieve los conceptos de «utilización conservante del medio ambiente» y de «imitación de la naturaleza en la optimización de los recursos, propia de los procesos de transformación antrópica del medio ambiente». Siguen luego las conferencias del Simposio. La primera es de Rafael Alvira, que en aquel entonces era el decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra y profesor de la misma. El Dr. Alvira comienza señalando que era característica de la antigüedad el enraizamiento del hombre en la casa y la concepción del trabajo como ayuda o imitación de la naturaleza. El pensamiento moderno procura liberarse del «fijismo» de la casa y la naturaleza, mediante una vida independiente y una creatividad libre. En eso cifra

el hombre moderno la felicidad y, consecuentemente, la paz. Pero en realidad, la paz sólo está garantizada cuando se entiende el desarrollo de modo muy diverso al de la modernidad, como crecimiento en la virtud. Hoy el desarrollo subordina al ecosistema y no asegura, por tanto, su conservación. La propuesta de Alyira es un acercamiento ecológico a la naturaleza que sostenga y perfeccione el carácter radical del hombre de ser *habitante* de una casa. Para ello, sugiere una redefinición del desarrollo en función de la virtud y la inclusión en la metodología científica de un diálogo con la realidad en el que intervenga un «uso amoroso de la voluntad». «...El resultado será un mundo, y un hombre nuevo *civilizado, cultivado, ecológico* ... y ... al mismo tiempo, más práctico y con más ciudadano del futuro» (p. 26). Norberto Espinoza, autor de la siguiente comunicación, es profesor titular de antropología filosófica y de metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Ve en la ecología, más que una ciencia del planeamiento, una actitud de actitud de vida que exige un individuo conciente, libre y responsable, pero no al modo racionalista, que resulta antiecológico. Una nueva idea de la responsabilidad —que para el racionalismo era astucia y que él propone que se la entienda como servicio— arrastrará las ideas de conciencia y libertad hacia la aceptación de un imperativo ecológico incondicionado.

El trabajo de Gerd K. Hartmann, investigador principal del Max Planck Institut für Aeronomie, presenta la propuesta de «reflexionar y debatir —en forma razonable e intercultural— acerca del “pensar globalmente y actuar localmente”». Hace notar la necesidad de una *theoria* desde la que meditar y acerca de un asunto, el ecológico, que es una tarea política, y la importancia de responsabilizar a los agentes políticos de ella. Ambas exigencias llevan a plantearse el irrealismo de una ciencia que sea neutra respecto a los valores, y el requerimiento de una acción concreta en base a principios prácticos. En su conferencia, Jorge Martínez Barrera, profesor titular de filosofía social y política de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, señala que el desorden ecológico actual responde a otro desorden interno del hombre, que se manifiesta tanto en la relación con la naturaleza como con sus semejantes. Este desorden humano da origen a una versión autónoma de la técnica, blanco de críticas de la ecología. Puesto que la raíz del problema no es técnica, su solución de fondo tampoco lo es. La misma pasa necesariamente por una restauración del orden que la razón práctica impone a su objeto y que supone, obviamente, la subordinación de la técnica a criterios éticos. Esto constituye una verdadera tarea «política» (en sentido clásico).

A continuación sigue el estudio del compilador, profesor titular de filosofía del derecho de las universidades de Mendoza y Nacional de Cuyo. Analiza una concepción moderna que atribuye derechos a todos los entes de la naturaleza: plantas, ríos, rocas, etc., serían sujetos de derechos frente a los hombres. Esta teoría supone un concepto de persona carente de las notas de racionalidad y libertad, y una eticidad reducida a la dimensión jurídica. Lo que está en la base de estas concepciones es una degradación del hombre. El respeto debido a la naturaleza, proveniente de su ser participado, no requiere, explica Massini, el ingreso de animales, plantas y minerales a la categoría de sujetos de derecho. El profesor de ciencia política de la Universidad Católica de Chile, Augusto Merino M., se detiene en el estudio de la relación entre el problema ecológico y la ideología socialista o liberal. Aunque el liberalismo defienda la motivación egoísta, a la hora de enfrentarse con el problema ecológico, ha producido mejoras. La situación ecológica de los países socialistas es, de acuerdo a los datos que presenta, en cambio, mucho peor. Merino concluye que el liberalismo lleva consigo, de un modo inconciente, una serie de valores éticos relacionados con la propiedad privada, que son los que han operado la mejoría de los países con economía de mercado.

La siguiente es la exposición del profesor de filosofía del derecho de las universidades

Católica Argentina y del Salvador (Buenos Aires) Bernardino Montejano. En ella propone la búsqueda de un ecologismo integral, o, siguiendo a un autor francés, de una «ecosofía». Ella no se limitaría a la defensa del orden físico natural, sino también del orden humano, acorde a la ley natural moral. La vuelta a la naturaleza de cierto ecologismo parcial busca su más eficaz y duradero dominio, no su respeto, y degrada al hombre, confundiendo la libertad con el despliegue de su animalidad. El bien humano exige la defensa de sus instituciones naturales, comenzando por la familia, primera morada del hombre, siguiendo por la ciudad, los grupos profesionales y el Estado subsidiario.

Héctor Padrón, profesor de filosofía medieval de la Universidad Nacional de Cuyo, hace primero un rastreo del significado de *physis* en el pensamiento antiguo y medieval. Ella es la totalidad de lo real para los presocráticos, el cosmos paradigmático e inalterable para Platón, la realidad sensible para Aristóteles. La *natura* en el medioevo remite a su Creador, es signo o vestigio, imagen, semejanza Suya. La modernidad corta esta relación simbólica y presenta a la naturaleza como el objeto de dominio del hombre emancipado. Pero debido a la consiguiente aproximación epistemológica a la naturaleza, el hombre se separa de ella. Su contacto se produce sólo bajo una *ratio* técnica. Surge entonces el problema ecológico, que nos induce a una reconsideración filosófica de la naturaleza. Detrás de ella hay una visión holística, un todo con sus partes absolutamente entrelazadas, que se dilata espacio-temporalmente, y que lleva, por tanto, a repensar el peso de lo cuantitativo. En su defensa de la calidad de vida —no necesariamente motivada por fines hedonísticos—, la cuestión ecológica plantea también la ética. Lo que supone, finalmente, como solución, la regeneración de la razón que, reducida a su dimensión técnica, debe adquirir nuevamente su uso práctico y teórico. Continúa el volumen con el trabajo de Fernando Moreno V., profesor de filosofía de la Universidad Católica de Chile. El buen uso de la naturaleza, dice con Aristóteles y Tomás de Aquino, requiere la virtud. Por eso es necesario que el desarrollo económico armonice la libertad y la justicia. Un concepto adecuado de «calidad de vida» debe, igualmente, considerar al hombre en su integridad. También es preciso orientar las necesidades socialmente regulables para que respondan al bien del hombre.

Cierra el libro la exposición del decano y profesor de la filosofía contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Miguel Verstraete. Considera que el pensamiento moderno ha resquebrajado la unidad de lo real de la concepción griega. «En efecto, dice, al circunscribir el pensar al análisis, lo real se disgrega, y al pensar ya sólo le queda la posibilidad de volver a una síntesis de relación, soslayando toda capacidad de unidad» (p. 181). Es un pensar subjetivo que se erige en un principio, pero no como *arché* originario, ni en busca de un *telos*, sino como sujeto que garantiza el objeto calculándolo. La naturaleza cae en este esquema y pierde su fuerza, se transforma en un objeto controlado, movido desde fuera. Y al no haber fin, cualquier dirección se hace válida; la técnica desnaturaliza la naturaleza, ya no es su continuación. La tragedia ecológica es esta crisis de la naturaleza, su solución no es coyuntural. Estamos frente a una instancia que puede constituir o nuestro drama o nuestra redención. Depende de una redistribución profunda del hombre.

Como se podrá apreciar, el balance, que no puede ser un resumen, ya que cada autor tiene sus matices propios, arroja como saldo la necesidad de una rehabilitación de la actitud contemplativa y práctica (moral) frente a la naturaleza. El hombre debe volver a amarla —capacidad exclusiva suya—. Por otra parte el hombre debe ser reinsertado en su justo «lugar» dentro de esta naturaleza sobre la que debe reinar con el debido respeto. En la edición se notan los cuidados del compilador, y de Marcelino Brizuela, el impresor.